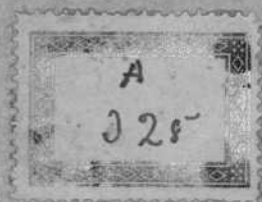




Narciso Alonso Cortés



---

# Briznas

---

Valladolid   
Imp. CASTELLANA  
 1907

1875

1875

11.530 DG  
COM

18 €

BRIZNAS

+ 1150515  
C.

A mi querido amigo y compañero Juan  
Luis Estelrich, excelentísimo poeta, en tes-  
timonio de la más alta consideración

Narciso Alonso Cortés

---

Narciso Alonso Cortés

---

# Briznas

---

Valladolid ☞ ☞ ☞ ☞  
Imp. CASTELLANH  
☞ ☞ ☞ ☞ ☞ ☞ 1907



R.146631

## En mi telar

Voy urdiendo lentamente  
el tejido de mi vida,  
pobre obrero, cuya frente  
al trabajo está abatida.

Y aunque es poco lo que espero  
del destino á la inclemencia,  
en la lucha persevero  
laborando con paciencia,  
sin rendirme—¡pobre obrero  
del telar de la existencia!—

Mi tenaz, callosa mano,  
duda á veces y flaquea,  
y es entonces mi afán vano,  
tosca y ruda mi tarea.

Cedo un poco, mas mi pecho  
pronto el ánimo recobra;  
al trabajo voy derècho  
sin cansancio ni zozobra,  
y contemplo satisfecho  
la pureza de mi obra.

No me espanta suerte adversa;  
es mi tela—¡tela amada!—  
como el cielo limpia y tersa,  
como acero bien templada.

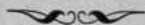
Cual glorioso palió santo,  
rica y amplia, firme y buena,  
esa tela de mi encanto  
se despliega de amor llena,  
encubriendo—denso manto—  
los misterios de la pena.

¿Qué me importa si á mi mano  
parar quiere mano oculta,  
que al hallarme más ufano  
los obstáculos abulta?

Ni me asusto, ni me quejo;  
de mi esfuerzo la fe invoco  
y en la lucha me hago viejo  
De mi tela ya el fin toco,  
y en sus tensas fibras dejo  
las del alma poco á poco.

Y la trama lentamente  
de mi vida voy tejiendo,  
sin ninguno que me aliente,  
sin bullicio, sin estruendo.

Siempre activo, siempre en vela,  
triste y mísero operario  
que con poco se consuela,  
en mi encierro solitario  
voy tejiendo la amplia tela  
que me sirva de sudario.





## Hogar rústico

---

En el limpio fogón de la cocina  
se reúne la gente campesina,  
y bajo la anchurosa chimenea  
los secos troncos diligente hacina.

Quieren hilar las viejas de la aldea  
y murmuran, dejando la tarea.

Un candil, de luz tarda y mortecina,  
colgado en un rincón chisporrotea.

Departen los gañanes con sosiego.

En el hogar, tentáculos de fuego,  
las llamas se retuercen; la carrasca

lentamente al arder crepita y chasca;  
mientras la noche, silenciosa y queda,  
su carro negro por los campos rueda.



## Románica

---

Mole de piedra carcomida,  
silueta de vetusto templo:  
vencida inclinas á la tierra  
tus muros recios.

Eres imagen del pasado;  
traes el recuerdo  
de cascos y corazas,  
de lorigas, de lanzas y de yelmos.

Impresa en tus sillares  
la mano está del rústico arquitecto  
que interpretó la idea  
de otros siglos, de otros hombres, de otros pueblos.

En tu interior descansa  
dormido el Tiempo,  
y el ambiente de tu triste recinto  
se satura de su húmedo aliento;  
así pasa los siglos  
respirando la paz y el misterio,  
sin querer asomarse  
á tus mezquinos huecos.

Cual báculos de piedra  
sostienen tu esqueleto  
pilastras y columnas, que se adornan,  
como Sileno,  
con hojarasca multiforme  
de dibujos caprichosos y diversos,

y que se agrupa abigarrada  
en el ábaco esbelto.

Las grecas, serpientes inmóviles,  
por la imposta tienden su cuerpo;  
las contemplan en lo alto tus bóvedas lisas,  
sin nervios.

Por tus estrechos ajimeces  
el sol se filtra, como temiendo  
que le venzan en rápida lucha  
las tinieblas que hay dentro;  
y un solo rayo se desliza  
como la hoja brillante de una espada de fuego  
que quiebra su punta  
en el muro espeso.

Entre los poros de la piedra  
hizo su nido el rumor de los rezos,  
con el aroma que se escapa  
en las nubes de incienso.

En tu montón de piedras  
todo es austero.  
Nada más tus ridículos  
canecillos grotescos,  
acurrucados bajo la cornisa  
se mofan de la vida con burlón gesto.

Levantas tu imafrente  
como el rostro de un gigante viejo,  
con un ojo tan sólo—tu rosetón calado—  
eternamente abierto,  
y con la boca de tu portada  
—boca de anciano decrepito,—

que en las archivoltas  
se va estrechando y deprimiendo;  
y llevas—¡oh viejo gigante  
que apenas puedes con tu peso,—  
la abultada joroba  
del ábside á tu espalda sujeto.

Mole de piedra carcomida,  
silueta de vetusto templo:  
arrójate á tierra cual viejo gigante  
que se desploma muerto.



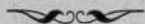
## Cántico del mediodía

---

Rasga el aire, luminosa, la sonata  
del ardiente mediodía de verano,  
y entre silbos y rumores zumba grata  
y sus notas va esparciendo por el llano.

En los pétalos de fuego y escarlata  
deja huella de sus babas un gusano,  
y la savia por los tallos se dilata  
y en las celdas de la espiga cierne el grano.

Amadores de la luz y de la vida,  
mariposas y libélulas inquietas  
forman juntas la cohorte del estío,  
y, cayendo por la atmósfera encendida,  
el sol quiebra de sus rayos las saetas  
en el monte, y en el valle y en el río.



## El castigo de Júpiter

«Júpiter: si tienes quejas  
de los míseros mortales,  
no nos agobies con males  
en que tu furia reflejas.

Es más sencillo y más llano  
que pongas fin desde ahora  
á tu fuerza creadora  
y no nazca un ser humano.

Así, ni tendrás disgustos  
en tus designios supremos,  
ni nosotros viviremos  
entre dolores y sustos.»

Estas frases cierto día,  
medio en serio, medio en broma,  
un ciudadano de Roma  
á Júpiter le decía.

Y Júpiter, que le oyera  
desde su celeste asiento,  
dió respuesta al descontento  
hablando de esta manera:

—Aunque ese medio concibas,  
á servirte no me obligo.  
¡Pues si fundo mi castigo  
precisamente en que vivas!



## La bodega

Esta es la bodega, la vieja bodega  
que guarda en su fondo los vinos añejos;  
calmante que todos los males sosiega,  
feliz dictadora de sanos consejos.

A guisa de apuestos valientes soldados  
que airosos cabalgan en blancos corceles,  
muy firmes y serios están alineados,  
en poyos de yeso, los anchos toneles.

No están revestidos de petos ni escudos,  
que el genio guerrero no late en sus fondos;  
más bien, ostentando sus cuerpos panzudos  
parecen burgueses repletos y orondos.

¡Discretos señores de grueso volumen,  
de porte arrogante, de franca alegría,  
que en bien de los hombres su sangre consumen  
llevando á otras venas calor y energía!

¡Hidalgos exímios, preclaros varones  
de sólida hechura y austera elegancia,  
que sin pergaminos ni orlados blasones  
venís á lo menos de cepa bien rancia!

¡Sinceros amigos que, libres de penas,  
las claras verdades decís sin rodeo!  
¡Maestros insignes de ciencias amenas!  
¡Heraldos de dicha! ¡Salud os deseo!

¡A ver, el más gordo! Tonel veterano  
de recia epidermis y abdomen que abulta:  
me siento contigo, y aquí, mano á mano,  
buscando tus luces te haré una consulta.

Así. Ya recibo tu plácido influjo,  
ya en mi ánimo escribes tus mágicas letras;  
ya, osado y travieso, con artes de brujo,  
de mi ser al fondo vibrando penetras.

¡Qué cosas me dices en tu hermoso idioma!  
¡Qué charla en mi oído tan grata se siente!  
Parece el arrullo de amante paloma,  
rumor de floresta, goteo de fuente.

De tu voz cadente cediendo al conjuro,  
la vida un oasis me ofrece sereno,  
el cielo aparece más limpio y más puro  
y todo á mis ojos es grande y es bueno.

A tu suave aliento, que el alma me quema,  
las bellas estrofas trazara mi mano  
del más admirable grandioso poema.  
¡Recibe las gracias, tonel veterano!



Aquí la desdicha sus armas entrega,  
dolores y penas se marchan muy lejos.  
Esta es la bodega, la vieja bodega  
que guarda en su fondo los vinos añejos.



## Amorosa

De tu dulce mirada los destellos  
envíame á raudales.

Mirándome en tus ojos celestiales  
la imagen de la dicha veo en ellos.

A su impresión el alma conmovida  
en placer profundísimo se baña;  
de sus efluvios la energía extraña  
es mi fuente de vida.

Si tus párpados cierras lentamente,  
de tu dulce mirar se apaga el brillo,  
se disipa la imagen ilusoria,  
y en mi nombre te dice un cupidillo:  
—¡No me cierras las puertas de la gloria!



## La cruz de hierro

Corcel brioso,  
fuerte armadura,  
ricos arreos,  
va con su hueste  
contra los moros  
el caballero.

Lleva el caballo  
silla y gualdrapas  
de terciopelo,  
y arnés bruñado,  
donde el sol pone  
vivos reflejos.

El noble bruto,  
de sangre ardiente,  
piafa inquieto,  
cual si supiera  
que de la lucha  
llega el momento.

Lleva el jinete  
coraza y grebas  
de limpio acero,  
manopla en launas  
con la que oprime  
bridones recios;  
y en la cimera  
del duro almete,  
como un trofeo,



penacho airoso  
con las garzotas  
flotando al viento.

Ya el día llega;  
ya el campo invaden  
los agarenos;  
para el combate  
ya se preparan  
los dos ejércitos.

Tranquilo el rostro,  
firme la mano  
y erguido el cuerpo,  
la voz de ataque  
da á sus soldados  
el caballero:

—¡Seguidme todos!  
Yo á la pelea  
marcho sin miedo.  
Yo sé, soldados,  
que ha de salvarme  
mi cruz de hierro.—

Picando espuelas  
á su caballo,  
parte ligero,  
con la esperanza  
puesta en sus ojos  
de un triunfo cierto.

Su mano diestra  
la espada empuña

con ardimiento,  
y en la otra mano  
levanta, altivo,  
su cruz de hierro.

Nunca el caudillo  
la cruz olvida,  
santo amuleto  
que en mil batallas  
con la morisma  
le sacó ileso...

Pronto en el campo  
de horrible lucha  
se oye el estruendo;  
los alquiceles  
y las corazas  
ruedan envueltos.

Mas ¡ay! la hueste  
de los cristianos  
pierde terreno,  
y entre sus filas  
cunde el cansancio  
y el desaliento.

Hasta el caudillo  
perdió sus armas  
y sus aprestos;  
tan sólo, triste,  
su cruz preciada  
levanta al cielo.

Cuando contempla  
cómo los suyos

huyen maltrechos,  
gallardo moro,  
como él sin armas,  
sale á su encuentro.

Rica marlota  
que cae en pliegues  
sobre el overo;  
blanco turbante,  
blanco bonete,  
blancos arreos...

Cuando se miran  
los dos rivales  
con odio inmenso,  
rápido el moro  
de su enemigo  
se aferra al cuerpo.

La cruz le arranca;  
sobre él la esgrime  
de furia ciego;  
descarga el golpe  
¡y hunde en su cráneo  
la cruz de hierro!



## Cohorte alada

Sobre el manso  
riachuelo que recorre la llanura florecida  
entonando á todas horas  
la canción interminable de la vida  
con murmullo siempre igual,  
una mágica cohorte de figuras voladoras  
sin descanso  
mueve gráciles contornos,  
en mil giros ostentando los adornos  
de su túnica estival.

¿Son los genios  
enemigos del reposo,  
que á un conjuro misterioso,  
á las aves imitando,  
van volando en derredor?

¿O son lindas y graciosas marionetas  
que de un lado para el otro van inquietas,  
encantadas por un brujo su enemigo  
que les diera ese castigo  
por no haberle concedido las primicias de su amor?

Ser ingrátido  
que en el suelo por acaso busca apoyo;  
misteriosa creación de cien colores  
que en el sosegado arroyo  
el perfume de las flores  
se complace en aspirar,

es del viento permanente vagabundo,  
es sutil habitador de alado mundo,  
es un alma que se agita por los aires sin cesar.

Pero no. Tan lindos seres  
no son cosa de misterio;  
no son ninfas ó mujeres  
que algún mago transformó;  
ni tampoco son espíritus errantes  
que se eleven á región desconocida.

Son insectos  
anhelantes  
y pletóricos de vida,  
son libélulas pintadas  
que en las linfas del arroyo sosegadas  
la frescura del ambiente congregó.

Esos mágicos insectos de colores  
sobre el agua juguetean,  
van besando la corola de las flores  
que agitadas por la brisa se cimbrean,  
giran, tornan con impulso desigual.

Ya se posan dulcemente sobre un mimbre  
que á su peso delicado no se mueve,  
ya atraviesan por la urdimbre  
de carrizos y espadañas,  
ya detienen un momento el vuelo leve  
en el tallo de las cañas,  
ó á los aires arrebatan el aroma  
mientras lucen su gallarda vestidura policroma  
y humedecen mansamente



en la límpida corriente  
de sus diáfanas alitas el cristal.  
Vuela, vuela, lindo enjambre;  
de las flores vete hollando  
el pistilo y el estambre  
en inquieto y agil bando,  
y apresura  
de tus giros incansables el afán:  
que los astros luminosos de su fuego  
y las brisas de su plácido sosiego  
y el arroyo bullidor de su frescura  
y las plantas de sus células,  
dulcemente á las libélulas  
aire y fuerza, luz y vida mandarán.



## Temple

Todo el cordaje de mi alma  
quiero templar con mano dura.  
Que de su clave salga unida  
con la energía, la ternura.

Si, en el concierto de la vida,  
alguno en ella viene á herirme,  
quiero que se oiga su sonido  
puro y brioso, claro y firme.

Dicha, dolor... Con vivo esmalte  
mil tonos dais á cada cuerda  
y, delicada, mi alma vibra.

Para que, rota, nunca salte,  
para que nunca tensión pierda,  
quiero templarla fibra á fibra.



## Los tres trovadores

---

Lleno el corazón de amores,  
caminan tres trovadores  
en busca de una deidad.  
Llevados de noble empeño,  
suspiran porque su sueño  
se convierta en realidad.

Buscan su ideal ufanos;  
transponen montes y llanos,  
huellan selvas con su pié.  
En su errante afán los guía  
de la diosa Poesía  
el entusiasmo y la fe.

Al fin, en país remoto,  
donde germina del loto  
la flor pura y virginal,  
junto á solitaria fuente  
hallan la copia viviente  
de su soñado ideal.

Es una mujer divina,  
de tez sonrosada y fina,  
de semblante encantador.  
Su sorprendente figura  
parece bella escultura  
que cincelara el Amor.

Un trovador se aproxima,  
y en dulce y cadente rima  
que retrata su ansiedad,  
prorrumpe en triste lamento,  
y con amoroso acento  
así dice á la deidad:

«Eres bella como un cielo;  
eres sin igual modelo  
más de ángel que de mujer.  
El mundo á tu vista alegras;  
guardan tus pupilas negras  
un tesoro de placer.

De tí depende mi vida;  
por tí una llama encendida  
en mi pecho germinó.  
Para volverme el sosiego  
¿cedes á mi amante ruego?»  
Y dice la ninfa:—«No.»

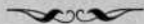
Llega el trovador segundo  
y en verso grave y rotundo  
dice á la ninfa después:  
«Seducido por tu rostro,  
humildemente me postro  
lleno de amor á tus piés.

Mi cariño no rehuyas;  
mi alma y mi vida son tuyas  
si accedes á mi pasión.»

La ninfa, con gentileza,  
mueve su hermosa cabeza  
en graciosa negación.

Por último, con voz leve  
que apenas á alzar se atreve  
por cobardía quizás,  
llega el trovador tercero,  
y le dice: «¡Yo te quiero  
porque eres buena no más!»

Oye la ninfa al poeta  
y en sus brazos le sujeta  
con ardiente frenesí;  
un beso en su frente imprime  
y dice con voz sublime:  
—«¡Mi cariño es para tí.»



## Campestre

El labriego  
sale al alba que despunta,  
y de un sol caliginoso bajo el fuego  
á las vueltas del arado da comienzo con su yunta.

La pareja,  
mansa y dócil á su mando,  
en besanas sobre el suelo, con la reja,  
del trabajo la escritura lentamente va trazando.



## Serranilla

Ofréceme amparo,  
preciosa serrana,  
que muero de frío  
y el miedo me mata.

La noche cubierta  
de sombras avanza;  
la tierra se cubre  
de espesa nevada.

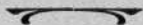
El cierzo furioso  
golpea las ramas  
y fuertes bramidos  
en ellas arranca;  
y ya de orientarme  
no tengo esperanza,  
perdido en el alto  
de abrupta montaña.

Los copos de nieve,  
cayendo con pausa,  
de mi helado cuerpo  
las fuerzas apagan.

Escucho asustado  
de fieras cercanas  
terribles aullidos  
que llegan al alma;  
y ya me parece  
que á mí se adelanta

de lobos hambrientos  
medrosa manada...

Por Dios, dame amparo,  
preciosa serrana,  
remedia, piadosa,  
mi enorme desgracia;  
pues muero de frío  
y el miedo me mata,  
si no me cobija  
tu pobre cabaña.





## Mi palacio

Yo tengo un palacio donde ávido encierro  
la dicha más honda,  
mansión de bellezas, de inmensos tesoros  
sagrado recinto;  
en él se perciben suspiros de amores,  
susurros de fronda,  
rumores y notas, murmullos y arpegios  
de tono distinto.

Le adornan diamantes cual nunca en su seno  
criara Golconda;  
columnas de flores se elevan esbeltas  
en su airoso plinto;  
mil hadas le habitan, formando en sus juegos  
fantástica ronda,  
y vagan ligeras de ricas estancias  
por un laberinto.

En él encerrado, contemplo sus muros  
de nácar y de oro,  
y escucho abstraído los gratos acordes  
de canto sonoro  
que en raudos corceles el eco conduce  
por amplios salones.

Tal es mi palacio: soberbio edificio,  
vivienda sagrada,  
guardida risueña, de ninfas albergue,  
mansión encantada...  
Ninguno lo ha visto, porque es el palacio  
de mis ilusiones.



## Carnavalesca

Te veo disfrazada de mariposa.  
¡Qué bonitos colores! ¡Qué lindas alas!  
Con franqueza te digo que estás preciosa  
y que causas asombro con esas galas.

El extraño atractivo de tu presencia  
á los más impasibles produce efecto.  
Más de dos pedirían con insistencia  
no separarse nunca de tal insecto.

Pero tú, persuadida de lo que vales,  
sin pagarte de elogios ni de suspiros,  
mostrando tus contornos esculturales  
vas trazando doquiera rápidos giros.

Entre diáfanas nubes de fino encaje  
de crisálida surges. ¡Feliz momento!  
Al verte disfrazada con ese traje,  
voy á decirte, niña, lo que yo siento.

No, indecisa y errante, libes las flores  
buscando eternamente mejor fragancia,  
ni frecuentes el néctar de los amores  
vagando de uno en otro con inconstancia.

Pues la que así, voluble, pasa la vida,  
nota al fin que su sino le ha sido infausto,  
y al volver á las flores arrepentida  
ve hollada la corola y el jugo exhausto.

No te fies de nadie; remonta el vuelo  
si mano codiciosa quiere alcanzarte,

y si de algún paraje tienes recelo,  
es mejor que te poses en otra parte.

Para que no te burlen por inexperta,  
no hagas á nadie dueño de tus mercedes:  
cazadores furtivos que hay siempre alerta,  
para insectos incautos preparan redes.

No exhibas tus encantos con demasía;  
sé partidaria siempre de lo sencillo,  
pues si te luces mucho, quizá algún día  
de tus lindos colores se apague el brillo.

Y, por fin, si la llama de los amores  
cerca de donde vuelas su luz destella,  
no dejes que te atraigan tus resplandores  
y tus alas vistosas quemes en ella.



## El Amor y la Abeja

(De Teócrito)

El Amor, revoltoso, cierto día  
usurpaba el panal de una colmena  
sin recato ni miedo,  
cuando una abeja, viendo su osadía,  
sorprendió su faena  
y con fiereza le picó en un dedo.

Dañado por la abeja vengadora,  
Amor sopla con pena su manita,  
gime, pateo, llora,  
y remontando el vuelo,  
llega donde está Venus, y su cuita  
le cuenta con profundo desconsuelo.

Luego pide venganza,  
duros dicterios á la abeja lanza,  
y con rostro sañudo  
y frases desabridas,  
protesta de que insecto tan menudo  
cause tanto dolor con sus heridas.

Venus escucha al niño  
y después le contesta con cariño:  
"Infundada es tu queja.  
¿Acaso no eres tú como la abeja?"

Al pedir la venganza con empeño,  
¡cuán poco te conoces!  
Tú eres también pequeño  
¡y qué heridas produces tan atroces!



## Flor de soledad

He buscado una flor sola  
que te doy como consuelo de tu pena.  
No verás en su corola  
ni la blanca nitidez de la azucena  
ni el espléndido color de la amapola.

Es flor triste y solitaria  
que no tiene la belleza de otras flores;  
flor que junta, extraordinaria,  
el ardiente suspirar de los amores  
con el plácido rumor de la plegaria.

Paseando en bosque umbrío  
bajo el verde cobertizo de las hojas,  
yo miraba en torno mío;  
ví unas flores amarillas y otras rojas  
salpicadas con chispazos de rocío,

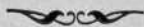
Distraído en mi vereda,  
yo pisaba alguna flor marchita y mustia,  
y á través de la arboleda  
resonaba lastimero un ¡ay! de angustia  
exhalado por los pétalos de seda.

Todo un mundo renacía  
de la Vida con la mágica palabra.  
Esquivando compañía,

cierto fauno, con sus flacos piés de cabra,  
presuroso entre las ramas se escondía.

Quedó inmóvil en acecho.  
Yo corté la flor entonces, y el testigo  
sonreía satisfecho.  
¿Qué flor es? Yo no lo sé; pero te digo  
que tenía las raíces en mi pecho.

Esta fué la muda escena,  
y esta fué la humilde flor que á tí se inmola  
arrancada en selva amena.  
He buscado una flor sola  
que te doy como consuelo de tu pena.





## Horaciana

(A mis amigos)

Venid, amigos; que os vea yo cerca.  
En grupo alegre llegad á mi lado.  
Quiero escuchar vuestra voz cariñosa,  
quiero estrechar vuestra mano.

¿Quién más dichoso que el hombre modesto  
que á sus amigos juntó en torno suyo,  
viendo que gozan en sus alegrías,  
lloran en sus infortunios?

Dejad que, avaros, alleguen caudales  
quienes erigen por Dios al dinero,  
soñando siempre con ricos tesoros,  
siempre temblando de miedo.

Dejad que muchos persigan honores  
é, ilusionados, escalen destinos;  
que otros perezcan roídos de envidia,  
ciegos por torpe egoísmo.

Juntos nosotros en dulce coloquio,  
con el placer de una honrada existencia,

llenos de amor y de dicha, brindemos  
por la amistad verdadera.

Vayamos juntos, con mútuos alientos,  
por el sendero cruel de la vida,  
como quien busca en un viaje penoso  
grata y locuaz compañía.

¿Que hay en el mundo ruindades é infamias?  
¿Que hay ambiciones? ¿Que hay luchas y hay odios?  
Siempre abstraídos en plática amable,  
nada sabemos nosotros.

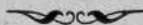
A la sincera amistad consagrados,  
libres de pena pasamos las horas;  
sólo el alegre charlar suspendemos  
para escanciar nuestras copas.

Es la amistad manantial de consuelo,  
vínculo que une dos almas distintas.  
La abnegación en su fondo se oculta.  
¡Sea por siempre bendita!

Venid, amigos, que yo rindo culto  
á la amistad en mi pobre cabaña.  
Soy vuestro siempre; mis glorias son vuestras.  
Soy un amigo del alma.

Quiero no más que después de mi muerte  
en la memoria guardéis siempre impresa  
una leyenda que diga á lo menos:

«Él ha vivido en la tierra.»



## Al viejo Carnaval

¡Atrás, atrás! No prosigas,  
viejo decadente y chocho,  
ó, si no te vas por buenas,  
te arrojaremos nosotros.

¿Por acaso te has creído  
que tratas con unos locos  
que han de servir de comparsas  
en tu atronador jolgorio?

¿Hemos de ver con paciencia  
tus hechos escandalosos  
y tus grotescos desplantes  
y tus salidas de tono?

Cuando, hace ya muchos años,  
eras un apuesto mozo  
y cruzabas arrogante  
entre el general asombro;  
cuando mostrabas doquiera  
trajes recamados de oro  
y túnicas deslumbrantes  
y magníficos adornos;  
cuando en Venecia triunfabas,  
cuando, aclamado por todos,  
erigías en el mundo

el imperio del dios Momo;  
entonces era muy justo  
prodigarte los elogios,  
y me explico que los hombres  
te elevasen áureo trono.

Pero hoy, que eres un anciano  
pobre, inútil y achacoso;  
hoy, que ya cedes al peso  
de pasados episodios;  
hoy, que vistes pobremente  
un traje mísero y roto  
que deja ver entre andrajos  
tus miserables despojos;  
hoy, que sólo te acompaña  
una turba de beodos  
que dando gritos obscenos  
te hace repugnante coro;  
hoy ya, sin humor ni fuerzas,  
haces un papel impropio,  
y es muy natural que el mundo  
te despida con enojo.

Da lástima verdadera  
que teniendo un pié en el hoyo,  
á nuestra vista te muestres  
con la alegría en el rostro,  
pintado el mísero traje

de colores irrisorios,  
y agitando cascabeles  
y promoviendo alboroto.

No hagas, pues, muecas horribles,  
deja tu fingido gozo,  
¡y vete á la sepultura  
ó que te lleve el demonio!



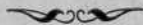
## El Príncipe te espera

Véte, pálida princesa, que por tí clama  
el gran príncipe, vertiendo candente lloro;  
otros príncipes le siguen, y al ver que te ama,  
con rumor de vibraciones hácenle coro.

Nadie tiene sus vasallos, nadie su fama;  
de topacios encendidos luce un tesoro;  
es su trono azul, ornado de viva llama;  
peina rútilos cabellos con peine de oro.

Cuando él sale, tú te escondes de miedo llena,  
y su rastro cuando él huye sigues con pena  
explorando lentamente la noche bruna.

Entre sus desnudos brazos cáete rendida  
aunque el fuego de su aliento mate tu vida.  
El príncipe Sol te espera, princesa Luna.



## La espada vieja

Vieja espada de Toledo  
que, roída del orín,  
das más lástima que miedo:  
sucia, mellada y roñosa,  
de tu vida ves el fin  
con muerte poco gloriosa.

Yo no sé si acaso fuiste  
de algún soldado modesto  
que rodó, inválido y triste,  
por palacios y antesalas,  
mendigando humilde puesto  
al abrigo de las balas.

Ignoro si algún magnate  
te ciñó, airoso, en su cinto  
sin blandirte en el combate,  
y, con orgulloso porte,  
por el árduo laberinto  
te condujo de la corte.

¿Fuiste de algún pendenciero  
que en burdeles y tabernas  
empañoó tu limpio acero?



¿Han manchado tu camino  
las hazañas sempiternas  
de los naipes y del vino?

Pero no. La ejecutoria  
de valor y de nobleza  
veo á través de tu historia.  
Eres noble. Tu inscripción  
claramente así lo reza:  
«No me saques sin razón...»

¡Vieja espada de Toledo!  
No hay recuerdos, vieja espada,  
de tu audacia y tu denuedo  
Se olvidaron, por tu mal  
Tú no puedes decir nada  
con tu lengua de metal.

Quizá tu acero templado  
que hoy, roído del orín,  
yace sucio y olvidado,  
estuvo tinto algún día  
en sangre de San Quintín,  
de Mulberg ó de Pavía.

Quizá en alguna campaña  
tuvo, heroica, que arrojarte,  
buscando mayor hazaña,

la mano que te esgrimiera,  
para escalar un baluarte  
ó arrancar una bandera.

Hoy, sin gloria ni ventura,  
sucia, roñosa y mellada,  
yaces en estancia oscura;  
y sin lástima no puedo  
contemplarte, ¡vieja espada,  
vieja espada de Toledo!



## Los sauces

---

Son los sauces que se mueven  
empujados duramente por el cierzo;  
son los sauces que amenazan al destino  
con sus brazos, brazos secos.

Sus raíces por el suelo se deslizan,  
musculosa trabazón de duros nervios,  
agarrados á la tierra  
como inmóviles reptiles  
que no pueden penetrar en su agujero.

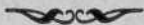
¡Pobres árboles desnudos  
de raquítico esqueleto,  
que sus leños resquebrajan  
abrumados de los años bajo el peso!

Cuando el hada de los campos  
arrojando va sus flores por el suelo,  
ellos, fríos é insensibles, la contemplan  
en silencio.

Cuando avanza por la tierra  
con sus tocas blanquecinas el invierno,  
ellos sienten que la nieve poco á poco  
ocultando va su cuerpo,  
como pobre viejecito á quien sorprende

el turbión y la ventisca  
en parajes despoblados y desiertos.

Y la savia por su tronco no circula,  
y, podrida, su corteza cae al suelo,  
y sus brancas, de ramaje desprovistas,  
estridulan maltratadas por los vientos.  
¡Pobres sauces!  
Sólo tienen, como triste compañero,  
el arroyo desmedrado  
que á sus pies entona el canto de los muertos.



## El ruiseñor y el grillo

Cierta mañana del estío ardiente,  
cuando el sol envolvía la llanura,  
un ruiseñor trinaba dulcemente  
oculto en la espesura.  
No muy lejos, un grillo,  
al lado de su cueva muy gozoso,  
dejaba oír sin tregua ni reposo  
su pesado y monótono estribillo.  
Este, de pronto, deja su agujero,  
suspende su tenaz algarabía,  
y hablando al ruiseñor con osadía,  
le dice:—¿Qué me cuentas, compañero?—  
El pájaro, asombrado por la traza  
de aquel bicho tan raro,  
que, demostrando cínico descaro,  
con él se permitía tal exceso,  
le dijo con cachaza:  
—¿Yo compañero tuyo? ¿Y cómo es eso?  
—¡Toma! pues muy sencillo—  
con gran frescura contestóle el grillo.—  
¿No canto como tú? ¿No es cosa cierta  
que durante el verano, siempre alerta,  
repito sin cesar mi nota aguda?  
Pues somos compañeros, ¿quién lo duda?  
—Tienes razón de sobra, ¡ya lo creo!,  
mas una diferencia sólo veo:

Que mientras yo modulo en mi garganta  
un lenguaje que encanta,  
y con mi canto armónico y sentido  
alegro la floresta,  
tú causas con tus élitros un ruido  
que aturde y que molesta.—

Hay algún majadero  
tan necio como el grillo de este lance,  
que si á cualquier maestro ve á su alcance  
le dice:—¡Qué me cuentas, compañero?



## La bruja del bosque

Retirada y escondida  
en la espesura del bosque,  
misteriosamente vive  
la bruja de los amores.

No es un hada linda y buena  
que en hacer bondades goce,  
de sorprendente figura  
y de honestas intenciones;  
es una vieja horrorosa,  
tan negra como la noche,  
con unos ojos de hiena  
y unas narices atroces.

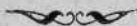
Es su aspecto repugnante.  
Si sus ojos fija inmóvil,  
fascina con su mirada  
y horrible pavor impone.

Entre las ramas se oculta  
cuando se aproxima un hombre,  
y aparece presurosa  
si se acerca alguna joven.

Amor inspira la bruja,  
pero es un amor deforme,  
impuro, con los defectos  
de las más bajas pasiones.

En ese amor mercenario  
no encontrareis rasgos nobles;

todo cuanto le rodea  
es deshonesto y es torpe,  
¡Dios te libre, niña hermosa,  
de penetrar en el bosque,  
no te haga víctima suya  
la bruja de los amores!



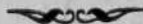


## Helénica

El Acrópolis. Mudo soberano,  
de pentélicos mármoles vestido,  
sobre la cima el Partenón erguido  
domina la extensión del altozano.

Descansa entre sus muros escondido  
el bulto de Atenea sobrehumano.  
Templos, frisos, columnas. En el llano  
bulle la ciudad nueva en sordo ruido.

Atardece. Tendiendo sobre Atenas  
sus miradas tranquilas y serenas  
que á los rayos de sol dieran envidias,  
con el grave reposo de una diosa  
griega beldad avanza silenciosa  
como estatua viviente de algún Fidias.



## Peña de amor

Triste está la Infanta bella,  
triste está la Infanta mora;  
al ajimez asomada  
sin cesar suspira y llora.

Desprecia las ricas galas  
de Damasco y de Bashora,  
y huye las zambras y leilas  
de que antes era señora.

Un día llega á sus muros  
un cristiano que la adora,  
elogiando los encantos  
que su semblante atesora.

Desde entonces, su tristeza  
olvida la Infanta mora,  
y en sus labios aparece  
su sonrisa encantadora.

Por las noches, silencioso,  
cuando del descanso es hora,  
llega el valiente cristiano  
en su yegua corredora;  
llévase, osado, en la grupa  
á la Infanta seductora,  
y al palacio la devuelve  
cuando clarea la aurora.

Mas ¡ay! que el rey al fin sabe  
el baldón que le desdora,

y apresada á su hija la Infanta  
y al audaz que la enamora.

—Esa yegua te llevaba  
por las noches ¡oh traidora!  
Esa yegua con tu amante  
quiero que te lleve ahora.—

A la cola de la yegua  
ata á los dos sin demora,  
sin escuchar á la Infanta  
que el perdón llorando implora.

A galope por el campo  
va la yegua corredora,  
y los cuerpos despedaza  
del cristiano y de la mora.



## ¡Redención!

A la luz de una vela mortecina,  
rival débil y opaco de la luna,  
me quejo de la pícara fortuna  
que á los nobles y honrados no se inclina.

Mientras yacen los buenos en la ruina,  
se eleva la maldad sin traba alguna;  
mientras el hombre justo sólo ayuna,  
se harta el pillo de toda golosina.

¡Alerta, gente honrada! Desde ahora  
impedirás, con mano redentora,  
que nadie medre á costa de lo tuyo.

¡Destruyamos al punto cuanto estorbe!  
¡Limpiemos de malvados todo el orbe!  
(La vela se me apaga. No concluyo).



## La canción del huracán

¡Ay, qué triste es el viento que zumba,  
que zumba en las ramas,  
y se estrella chocando en los muros  
que le oponen obstáculo y valla!  
Su ruido estridente  
penetra en el alma,  
la llena de tedio,  
sus fuerzas apaga,  
y matando  
la esperanza,  
con el frío letal de la muerte  
la pena implacable nos hunde sus garras.

Como clamor de duendes  
que cruzan la campaña  
y azotan el espacio  
con invisibles alas;  
como una plañidera  
y lúgubre sonata  
de brujas que al conjuro  
acuden agrupadas,  
así se oye el rumor misterioso  
que el huracán arranca.

A su tremendo empuje  
los árboles desgaja,  
las hojas se revuelven  
en incesante danza;  
y, entretanto, su zumbido  
con melancolía extraña  
en nuestros oídos vibra  
y repercute en el alma.  
¿Será tal vez que resuena  
alguna voz sobrehumana  
que desde ignotas regiones  
envía sus amenazas?

¿Será que del averno  
la furia se desata,  
ó será de un titán que respira  
el hálito que el pecho con avidez exhala.

Débil, primero,  
suena con pausa;  
lleno de furia  
luego se lanza;  
ya se irrita,  
ya se acalla;  
gime,  
brama,  
y peligra la torre á su empuje  
y el castillo vacila en su planta.

Mas siempre es un eco  
de penas amargas,  
ya débil se queje,  
ya silbe con rabia.

¡Ay, qué triste es el viento que zumba  
que zumba en las ramas,  
y se estrella chocando en los muros  
que le oponen obstáculo y valla!



## Todo Junto

Es una flor. No la cojas  
con tu primorosa mano.  
Entre sus pintadas hojas  
se oculta feo gusano.

Es un rubí. No porfíes  
por poseerlo, mi amada.  
Como todos los rubíes,  
es una piedra tallada.

Es un pájaro. No tiendas  
tus dos manos con anhelo.  
Cuando alcanzarle pretendas  
se perderá en raudo vuelo.

Es una nube. No quieras  
mirarla siempre, bien mío.  
Esas gasas volanderas  
se esfuman en el vacío.

Es una estrella. No intentes  
recrearte en sus reflejos.  
Pon tus miradas ardientes  
en luz que no esté tan lejos.



Es la brisa. No te venzas  
de la brisa á los antojos,  
que descompone tus trenzas  
y te hace cerrar los ojos.

¡Ya te darán mis amores,  
entre besos y sonrisas,  
aves, rubíes y flores,  
estrellas, nubes y brisas!



## Nocturno

Es prima noche. Sobre un lecho  
de arcilla, yace como muerta,  
entre las sombras encubierta,  
la triste aldea en valle estrecho.

Muda quietud bajo su techo  
las casas guardan. Siempre alerta,  
la vieja torre está despierta  
con sus dos ojos en acecho.

Duerme en su albergue la avería  
y los ganados en su cuadra.  
Sólo, en la calma abrumadora,  
se oye un mastín que airado ladra,  
una veleta que chirría  
y una cigüeña que crotora.



## Don Diego de Miranda

Es un discreto hidalgo don Diego de Miranda,  
de altas prendas y pingüe caudal.  
De su apacible vida por los diez lustros anda;  
su rostro es aguileño, tranquilo su mirar.

Es su casa muy grande, como casa de aldea,  
de macizo y severo exterior.  
Tallado en piedra tosca, en su frente campea  
corroído y borroso blasón.

Encuétrase en el patio la anchurosa bodega,  
y en la cueva del limpio portal,  
como en cónclave mudo que su dueño congrega,  
las repletas tinajas reunidas están.

En local espacioso, sobre estante modesto  
que se apoya en la blanca pared,  
en latín unos pocos y en castellano el resto,  
seis docenas de libros se ven.

Son los unos ascéticos, de moral y devotos;  
los demás son de honesto esparcir.  
Que éstos son más leídos se conoce en lo rotos.  
Los de caballerías nunca entraron allí.

En casa de don Diego, sin dispendios ni lujos,  
se disfruta el mayor bienestar.

En ella de un austero convento de cartujos  
reina siempre el silencio y la paz.

Es don Diego inclinado á la pesca y la caza,  
mas ni halcones ni galgos compró;  
solamente de hurones aprovecha la traza  
ó de un dócil y fiel perdigón.

También tiene don Diego una yegua tordilla,  
la mejor que se vió en el país.  
Aderézala siempre con bridones y silla  
de morado y de verde barníz.

Cuando en ella cabalga nuestro buen hacendado,  
lleva siempre verdenseo gabán  
con adornos de fino terciopelo leonado;  
cúbrese con montera de terciopelo igual.

Tahalí verde y oro de labores diversas  
con su alfanje morisco, y labrados como él,  
borceguíes vistosos; muy bruñidas y tersas,  
las espuelas son verdes también.

De los suyos querido y alabado de extraños,  
con su esposa es don Diego feliz,  
y con un hijo, mozo de sus dieciocho años,  
que estudió en Salamanca el griego y el latín.

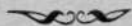
Para estudios mayores fué el mancebo rehacio,  
mas de Apolo las huellas siguió,  
y se pasa la vida con Homero y Horacio  
y también hace versos con no poco primor.

Es dichoso don Diego. De ninguno murmura  
ni consiente que lo hagan jamás;  
cuando dos se enemistan, conciliarlos procura;  
da limosna sin alardear.

Es muy limpia y sabrosa su abundante comida,  
y hay en ella la calma de los hombres de bien.  
A sus deudos y amigos muchas veces convida  
á sentarse á la mesa con él.

De las vidas ajenas los secretos ignora;  
oye misa diaria con gran fe y devoción;  
muy ferviente devoto es de Nuestra Señora  
y en la misericordia confía del Señor.

Y así, visto por todos con amor y respeto,  
disfrutando feliz bienestar,  
en su aldea manchega vive el noble y discreto  
caballero del Verde Gabán.



## Día eterno

Hablaba el día con su leve idioma  
que el hombre y los insectos interpretan.  
Salí al campo. Su planta  
en él posaba ya la Primavera,  
y una legión florida  
germinaba en sus huellas.

El mediodía destocó su clámide.  
En el aire flotaban nubes densas,  
girones de la túnica divina,  
y, saltando por ellas,  
una explosión de rayos se estrellaba  
en el áspero yelmo de la tierra.

El llano se teñía de colores,  
cual grandiosa paleta  
que un pintor infinito  
borrajease con su mano excelsa.

Miré á mis piés. Había un vasto yermo  
cubierto de maleza.  
Llegóse á mí la Vida  
y me dijo:—¡Trabaja!—con voz seca,

colocando en mis manos una azada  
que yo, sér débil, sostenía apenas.

Y trabajé. En el suelo  
dí recios golpes sin vagar ni tregua,  
y el sudor resbalaba por mi rostro  
y se rendían mis escasas fuerzas.  
Las horas avanzaban presurosas.  
Por el espacio, sin cesar, la tierra  
continuaba vagando,  
diminuto viajero, que la senda  
recorre de lo inmenso. De la noche  
cual brillantes luciérnagas,  
los astros se espaciaron en el cielo  
titiladores. Sobre mi cabeza  
se extendía el *camino de Santiago*  
como un río de niebla.

A lo lejos, humilde campesino  
entonaba, camino de su aldea,  
una sonata vaga y melancólica,  
semejante á los cantos de tristeza  
que en la muerte de un hada  
entonasen los faunos de la selva.

El alba, poco á poco,  
se asomó por la cumbre de las cuestas  
y arrojó con su mano  
un diluvio de luz sobre la tierra.

Y siempre, con atroz monotonía,  
con la tenaz constancia de una queja,  
resonaban los golpes de mi azada  
de la llanura en la extensión desierta.











